

Solemnidad de Pentecostés Misa de la Vigilia A2023

Esta tarde velamos por esta maravillosa Fiesta del cumplimiento de la promesa que Nuestro Señor hizo a los discípulos de darles el Espíritu Santo. En la Tradición Judía, la Fiesta de Pentecostés se celebraba cincuenta días después de la Pascua como lo hacemos hoy al celebrarla cincuenta días después de la Pascua.

En la tradición judía, Pentecostés era principalmente una celebración agrícola. Durante las festividades, los israelitas ofrecían a Dios las primicias de la tierra, como exige Éxodo 34. Posteriormente, Pentecostés se convirtió en la fiesta conmemorativa del hecho histórico de la Alianza.

Según Éxodo 19, la alianza en el Monte Sinaí se celebró cincuenta días después de la salida de Egipto y la primera Pascua. Fue en el Sinaí que Dios entregó la Ley a Moisés y selló alianza con los israelitas. Estos dos significados del Pentecostés judío, como fiesta de la cosecha y conmemoración de la entrega de la Ley, juegan un papel importante en la comprensión de la celebración cristiana de Pentecostés.

Primero, aunque Dios le dio la Ley a Israel e hizo el pacto con ellos, muchas veces el pueblo se alejó de Dios. La primera lectura de esta tarde muestra lo que sucedió cuando la gente quería convertirse en sus propios amos y competir con Dios. Su rebelión y desobediencia contra Dios trajo división, confusión y dislocación como consecuencia de su orgullo pecaminoso.

Para traer de nuevo a la gente a él, Dios decidió cambiar sus corazones y darles un espíritu nuevo. Como dice en Ezequiel 36: 26 “Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo. Quitaré de su carne ese corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré dentro de ustedes mi Espíritu y haré que caminen según mis mandamientos, que observen mis leyes y que las pongan in práctica.

El Espíritu Santo es el instrumento de la nueva vida de Dios dentro de nosotros. Todo el que vive según el Espíritu Santo se aparta de los caminos del mundo que conducen al pecado. Pertenece a Cristo y es guiado por la ley de Cristo. Tiene un corazón nuevo que se guía por una ley interna que Dios ha puesto muy dentro de él. No juzga duramente a otras personas porque piensa que no son santos como él. Su obediencia a la ley de Dios no se hace para que la gente lo vea y lo alabe. Se transforma en una nueva persona cuya meta en la vida es agradar a Jesús. No se avergüenza de sus debilidades, sino que en su humildad se vuelve una y otra vez al Señor para pedirle perdón por sus pecados.

Como dice San Pablo, “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que conoce profundamente los corazones, sabe lo que el Espíritu quiere decir, porque él intercede por los santos según la voluntad de Dios”.

Mientras que en Babel la gente no se entendía entre sí a medida que se alejaban unos de otros; el Espíritu Santo une a la gente que antes estaba dispersada para que llegue a ser un solo pueblo en Cristo Jesús. Quien se deja transformar por el Espíritu Santo habla el lenguaje de la verdad que une más que divide. Dondequiera que la gente esté dividida, sea que sea la razón, allí el Espíritu Santo está ausente.

En segundo lugar, así como los israelitas consagraban a Dios las primicias de la cosecha, así nosotros, los discípulos de Jesús, somos consagrados a Dios como primicias, pues según las palabras de San Pablo, “Dios (nos) escogió como primicias para ser salvos, por la santificación por el Espíritu” (2 Tesalonicenses 2:13) “.

Al ofrecer a Dios sus primicias, los israelitas reconocieron que toda su tierra, trabajo y cosecha pertenecían a Dios, cuya bendición, a través de la lluvia y el calor, hacía posible la cosecha. De la misma manera, nuestro Señor derramó su Espíritu en nosotros como “primicia de nuestra herencia para la redención” (Efesios 1:14) para que le pertenezcamos totalmente, en mente, cuerpo y alma hasta el día de la resurrección de la carne

Así, nuestra vida presente se ha convertido en una vida en el Espíritu, donde estamos llamados a agradar a Dios más que a nosotros mismos. Estamos gimiendo en dolores, como el resto de la creación, para ser liberados de la esclavitud del pecado y tener acceso a la adopción de Dios para la redención de nuestros cuerpos (Rom 8: 22-23).

Sin embargo, nuestro Señor no nos fuerza las manos; nos deja libres para caminar en sus caminos o para seguir nuestros propios caminos, sin él. De la misma manera, el Espíritu Santo no actúa automáticamente ni mágicamente en nosotros. Como nadie puede entrar por una puerta que está cerrada; el Espíritu Santo tampoco puede actuar en nosotros si no le abrimos el corazón.

Si aceptamos cooperar, nuestra vida puede cambiar para bien. Por eso, en el Evangelio de hoy, nuestro Señor dice: “El que tenga sed, venga a mí y beba. (...) Del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva.”

Es el Espíritu Santo quien despierta en nosotros la sed y el hambre de Dios. Es él quien nos empuja a glorificar a Dios en nuestro cuerpo, mente y corazón. Es el Espíritu Santo quien trae cambio y transformación en la vida de los que obedecen a Jesús. Sin la gracia del Espíritu Santo, no hay vida en nosotros ni manera de agradar a Dios. Sólo con la asistencia del Espíritu Santo podemos llevar una vida de gracia y de verdadero conocimiento de Dios.

Hacer la voluntad de Dios requiere ante todo nuestro compromiso con Dios como quien sin el cual nuestra vida no tiene sentido. El papel del Espíritu Santo es el de ayudarnos con sus dones a conformar nuestra vida a la realidad de los hijos de Dios. De ahí la importancia de estar atentos a sus intuiciones en nosotros para que crezcamos en la fe y lleguemos a hacer la voluntad de Dios en nuestra vida.

Esta es la oración que tenemos que presentar a Dios en esta celebración de Pentecostés. Pidamos al Señor que derrame el Espíritu Santo en nuestros corazones, para que podamos renovar nuestra vida con la fuerza de su gracia. ¡Que el Espíritu de armonía y unidad guíe a quienes trabajan por la paz y el entendimiento entre las naciones y los pueblos! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Génesis 11: 1-9; Romanos 8: 22-27; Juan 7: 37-39



Fecha de la Homilía: el 27 de Mayo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230527homilia.pdf